

EL RINCÓN DE VÍKTOR

EL SIETE DEL SPORT TEAM JEYMA

Lunes, 09 de Febrero de 2009

MI PRIMERA EXCOMUNIÓN

Hoy, y espero que no se sobresalten, les voy a relatar uno de los episodios más fuertes de todos los que me han ocurrido en mi vida. Y es que pocos saben lo que es ser expulsado de la Iglesia. Bueno, algunos puede que sí. Pero yo me refiero, a ser expulsado desde el punto de vista de no poder pisar más por allí. Sí, sí, hoy os voy a relatar aquello que resultó ser mi primera excomunión. La verdad, yo esperaba mayor comprensión por parte de quienes dicen ser miembros de la Iglesia de Dios. Pero claro, algo tan incomprensible como la Religión no podía estar en manos de gente comprensiva... es natural. Lo que saqué en claro definitivamente es que no se puede mezclar el alcohol con la Iglesia. Y no lo hice a propósito, pero no calculé bien y el caos gobernó mi ser desde entonces. Algunos comprenderán por qué me excomulgaron. Pero yo todavía le doy muchas vueltas y no consigo obtener ningún tipo de explicación.

No sé si veinte botellines de cerveza son muchos. Lo cierto es que ese día comprobé que, al menos, tal cantidad de bebida puede ser ingerida y contenida en un estómago humano. Y no hace falta que éste sea de gran tamaño. Las diez tapas de tortilla española, con su pan correspondiente, más las cinco de bravas y las otras cinco de calamares formaban parte del contenido de mi barriga. Con tal magnitud de elementos, podrán comprender que el pensamiento no es fácil de controlar. Y al salir del bar, comprobé que no llevaba más dinero. La verdad, no sé muy bien por qué. No me importó. Caminé sin darme cuenta de que lo estaba haciendo. Cuando mi sentido volvió a asomarse por mi cabeza, estaba sentado en un banco de la iglesia parroquial. Estaba ya rodeado de gente. Y claro, yo me quise levantar para marcharme, pero justo en ese momento apareció el sacerdote. Yo no sé muy bien cómo ni de dónde surgió exactamente, pero por mi boca salió un enorme eructazo que retumbó por todas las capillas. La gente me comenzó a mirar con cara de circunstancias, pero yo opté por mirarme el reloj. Y eso que no llevaba. Justo cuando ya parecía haber recuperado totalmente el control de mí, y lo más importante, de mi cuerpo, me dí cuenta de que le estaba dando un besazo a un vejete con bigote que estaba a mi derecha.

Todavía no había empezado la homilía, y ya la estaba liando parda. Aun así, intentaba disimular. Pero les aseguro que, disimular cuando no hay control ni en el cerebro ni el cuerpo, es muy difícil. De repente, comencé a notar cómo me subía súbitamente un enorme calor desde las piernas hacia arriba. Un calorazo agobiante comenzó a agitarme el estómago. Creo que puedo asegurarles que echó a hervir. Conseguí que el señor de mi izquierda me cediera su lugar en el banco. Pero fue un error irreparable. Me puse justo al lado de las velas y velones. Supongo que imaginarán el bochornazo que comencé a sentir. Cuando uno no controla correctamente su cuerpo, es incapaz de controlar también los movimientos que hace. Así fue cómo cuando, al quitarme la americana, le dí un zumbido enorme a las palmatorias de las velas. No cayeron de milagro. ¡Qué mejor sitio para un milagro que una iglesia! Pero Dios también hace milagros vinculados con prender fuego. Recordad si no Sodoma y Gomorra. O cuando frenó al ejército del faraón con dos columnas de fuego mientras los judíos cruzaban el Mar Rojo. Pues prendí fuego a la americana, aunque de eso solo me di cuenta después de pasar la resaca, y gracias a los restos calcinados de chaqueta con los que estuve sobando. La verdad es que dejé la chaqueta en el suelo durante toda la misa. Si no, seguro que hubiera muerto. Porque el contacto del fuego con el alcohol es una tragedia garantizada.

Después de la homilía, cuando comenzó el recital de movimientos consecutivos basados en: 1 sentarse en el banco y 2 ponerse de pie (algo que no entiendo), comenzó a entrarme un enorme y horrible mareo; al final, me pegué un golpazo contra el banco de delante, pues al sentarme en una de las últimas ocasiones, lo hice justo en el borde de mi banco, y me escurrí. Yo no sentí nada. Los de al lado, se preocuparon por mí, y trataron de hacerme entrar en mi sentido con la ayuda del agua bendita que había en un platillo incrustado en el muro delante de mí. El agua sería bendita, pero más bendita y sagrada era la borrachera que llevaba yo encima. No hizo el milagro. Me espabiló, pero no mucho. Lo que realmente hizo fue provocarme una serie de náuseas, acompañadas de bocanadas de algo que no sabría ni como calificar, pero que no era precisamente sabroso. No lo sabía, pero me estaba descomponiendo a medida que pasaban los minutos. Sabía que algo gordo me iba a pasar, pero como estaba en territorio divino, alguien me podría salvar. Pero ese alguien no debía estar allí.

Cuando tuve que arrodillarme, al doblar la barriga, algo se desató ahí abajo y un horrible sonido se dejó deslizar por toda la galería. Ahora nadie era capaz de mirar, porque el sacerdote estaba levantando la copa en el altar. La verdad es que el hedor que apareció como consecuencia de aquel sonido debió ser importante, porque hasta yo, que no era capaz de ver mis propias manos con claridad, pude olfatear aquello. La angustia estomacal comenzó a aparecer por mi aliento. Y era la hora de comulgar. Yo en mis cabales no hubiera comulgado. Bueno, de hecho, ni hubiera pisado la Iglesia, pero el que estaba en los mandos de mi cerebro debe ser un cachondo. ¡¡¡Como lo pille!!! Al levantarme le dí un enorme cabezazo al señor que anteriormente me había cedido el sitio, y me desequilibré. Perdí un zapato, y una parte de mi dignidad como persona. La otra parte la perdería en solo unos segundos.

Estando en la fila esperando la comunión se puso delante de mi una mujer que, para qué negarlo, estaba bastante potable. Sí amigos, sí, en misa también hay tías buenas. El caso es que en las manos llevaba algo, no sé qué porque tampoco importa. Lo que importa es que se agachó. ¡¡¡Qué se lo pregunten a cierto miembro de mi cuerpo!!! Dicen que yendo borracho, eso no sube. Pues será la excepción que confirme la regla, porque sí que sube. Vaya que si sube. Os preguntaréis si hubo roce. Eso yo no lo puedo confirmar, aunque sí creo. La señorita llevaba minifalda, y creo que el color del tanga era verde. Aunque no estoy muy seguro. Yo me eché a reír, pero acto seguido, una vez ya se incorporó la señorita, me soltó un puñetazo en la boca del estómago, que no hacía sino sumar un motivo más para un próximo desastre gástrico. Un inminente desastre gástrico, mejor dicho. Caí de bruces nuevamente y dos señores mayores me ayudaron a levantarme. No sé si les dí las gracias, o les conté el partido de mi equipo, o no sé... pero que les dije algo, eso es seguro.

Llegó la hora de la verdad. Fui a tomar el cuerpo de Cristo. Yo respondí AMEN. Pero el amen no debió sentarme demasiado bien. Eso y que la ostia se me pegó, como siempre, en el fondo del paladar, con lo que la angustia no la pude aguantar más. Dí dos arcadas delante del sacerdote. Hubo una tercera, pero esa fue muy especial. Porque detrás de ella, mi cuerpo cedió, amablemente, todo lo que tenía en sí. Decían que la tela del sacerdote era púrpura. Pero he empleado correctamente la conjugación verbal: era. Creo que ya no volvió a ponérsela. Yo, de hecho, no lo hubiera hecho más. La siguiente bocanada la eché sobre el altar mayor... pringando la copa, la Biblia y la Sagrada Forma. Pero hubo otra más. Ésta fue a parar a la pila bautismal. Dicen que cuando uno echa todo lo que le es posible echar, se queda nuevo. Pues es un mito. Al menos, para mí. Sin pedir permiso a nadie, enganché la botella de vino que había debajo del altar mayor y le dí un buen trago. Quería enjuagarme. Escupí sobre un monaguillo. Después, varias personas me llevaron en volandas hasta la sacristía. Allí esperé al párroco hasta que acabara la misa. Pero durante la espera, el vientre me traicionó como nunca antes lo había hecho. Había una planta muy hermosa, muy bonita que regaría el capellán todos los días. Yo contribuí a su riego. No se puede decir que no la abonase. Abono precisamente no le iba a faltar en los próximos días. No os quiero contar como quedó aquello. Simplemente, es que no tengo palabras para definir aquello. Después, en un alarde de no sé muy bien qué, me subí en la mesa del despacho, me bajé la bragueta, y oriné lo poco que me quedaba en el cuerpo. Le rocié las estanterías con los archivos parroquiales con mi amarillo líquido. Cuando regresó el sacerdote para verme, al abrir la puerta de la sacristía, lo vi cómo cayó a plomo. Me contaron que le dio un infarto de miocardio y estuvo a punto de fallecer.

Después, los municipales me llevaron a casa. Tuve que pagar los gastos de limpieza... unos 800 euros. Poco después me llegó a casa una carta en la que la diócesis me excomulgaba. No adivino bien por qué. ¿Acaso los borrachos no somos hijos de Dios? Felizmente me restituyeron dentro del catolicismo. Aunque no sería por mucho tiempo. Pero eso ya os lo cuento otro día.

Espero que no se hayan aburrido demasiado con esta perla ilegible. Un abrazo de Vk.